

Vie
10
Feb
2012

Evangelio del día

Quinta Semana del Tiempo Ordinario - Año Par
Hoy celebramos: Santa Escolástica (10 de Febrero)

“Y, mirando al cielo, suspiró y le dijo Effetá, esto es: Ábrete. ”

Primera lectura

Primera lectura: Primer Libro de los Reyes 11,29-32; 12,19

Sucedió entonces que Jeroboán salía de Jerusalén y se le presentó el profeta Ajías de Siló cubierto con un manto nuevo. Estando los dos solos en campo abierto, tomó Ajías el manto nuevo que llevaba puesto, lo rasgó en doce jirones y dijo a Jeroboán:

«Toma diez jirones para ti, porque así dice el Señor, Dios de Israel: “Rasgaré el reino de manos de Salomón y te daré diez tribus. La otra tribu será para él, en atención a mi siervo David y a Jerusalén, la ciudad que me elegí entre todas las tribus de Israel”».

Así Israel se rebeló contra la casa de David, hasta el día hoy.

Salmo de hoy

Sal 80,10.11ab.12-13.14-15 R/. Yo soy el Señor, Dios tuyo: escucha mi voz

No tendrás un dios extraño,
no aforarás un dios extranjero;
yo soy el Señor, Dios tuyo,
que te saqué de la tierra de Egipto. R.

Mi pueblo no escuchó mi voz,
Israel no quiso obedecer:
los entregué a su corazón obstinado,
para que anduviesen según sus antojos. R.

¡Ojalá me escuchase mi pueblo
y caminase Israel por mi camino!
en un momento humillaría a sus enemigos
y volvería mi mano contra sus adversarios. R.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Marcos 7,31-37

En aquel tiempo, dejando Jesús el territorio de Tiro, pasó por Sidón, camino del mar de Galilea, atravesando la Decápolis. Y le presentaron un sordo que, además, apenas podía hablar; y le piden que le imponga las manos.

Él, apartándolo de la gente a un lado, le metió los dedos en los oídos y con la saliva le tocó la lengua.

Y, mirando al cielo, suspiró y le dijo:

«Effetá» (esto es: «ábrete»).

Y al momento se le abrieron los oídos, se le soltó la traba de la lengua y hablaba correctamente.

Él les mandó que no lo dijeran a nadie; pero, cuanto más se lo mandaba, con más insistencia lo proclamaban ellos.

Y en el colmo del asombro decían:

«Todo lo ha hecho bien; hace oír a los sordos y hablar a los mudos».

Reflexión del Evangelio de hoy

Otra vez encontramos a un Jesús que intenta no dejar al margen de la Buena Noticia a nadie, y menos a los que están más desprotegidos, marginados por sus limitaciones y esclavitudes. No podemos olvidar que en aquellos tiempos, y para los judíos, la enfermedad y las discapacidades eran consideradas consecuencia del pecado propio o de los parientes con lo que ello supone para el afectado. Y... ¿acaso no continúa estando vigente en nuestros días esta concepción de la vida en la que encontramos siempre una justificación puramente racional, más cercana a la cultura del castigo que a la de la compasión con el sufriente? El que está parado será porque no hace suficiente para encontrar trabajo, el que no puede pagar sus deudas es porque le gusta más gastar que trabajar, a la mujer que maltratan ¡algo habrá hecho para merecerlo!... El sufrimiento y el mal como castigo, en una cultura individualista que premia el esfuerzo privado frente al de comunidad o equipo.

En el Evangelio, nos llama también la atención el hecho de que encontremos que fueron otros los que “le presentaron” al sordomudo. Y es que, si bien es personal la necesidad de escuchar de los labios de Jesús el “Effetá”, que nos abre al amor de Dios, Padre y Madre, y nos permite establecer una relación directa con Él, tiene una dimensión comunitaria que merece la pena no olvidar.

El "Efteté" comunitario nos empuja a la compasión, al compartir, a sentir como propios los dolores y las privaciones de la gente que nos rodea, en nuestro trabajo, en el colegio de nuestros hijos e hijas, en la calle cuando paseamos..., a no colaborar en el enmudecimiento de las situaciones de marginación e injusticia. A ser "voz de los sin voz", contemplando la realidad con amor al prójimo, y no sólo con principios y dogmas de índole económica, religiosa o científica.

Podemos preguntarnos por qué Jesús pedía a sus discípulos que no le contaran a nadie, y pensar que simplemente no quería ser el protagonista de la historia, restando importancia al que verdaderamente formaba parte del centro de su vivencia: el sordomudo. Pero seguro que podemos entender que los propios discípulos no fueran capaces de guardarse para sí tales hallazgos: el milagro de un Dios que se compadece a nuestro lado.

Por último, para terminar nuestra reflexión, volvemos a traer a colación la vertiente religiosa del mensaje de Jesús en este pasaje. Pensamos que también hoy nos encontramos con la necesidad de seguir liberando al ser humano de la esclavitud impuesta por la religión, y no sólo en otras culturas: también en nuestra iglesia, en la que podemos asistir a estructuras y actitudes que imposibilitan la escucha y el diálogo sincero entre todos, en donde los roles establecidos son tan rígidos que no ejercen un papel integrador. Creemos que se impone, cada vez más, un trabajo conjunto de apertura a la realidad, sin miedos, fiándonos de Él, para construir juntos la Comunidad de Jesús.



Comunidad El Levantazo
Valencia

Santa Escolástica

*Virgen, hermana de San Benito
hacia 480 - 10-febrero del 547*

Algunos datos históricos

Lo que **nos refiere San Gregorio**, en los capítulos XXXIII y XXXIV del libro II de sus Diálogos es lo único que con certeza podemos decir de Santa Escolástica. Ninguna otra fuente antigua vuelve a hablar de ella. Y de este breve texto hagiográfico sólo podemos espigar unos cuantos datos históricos: Escolástica, hermana de Benito, había sido consagrada a Dios desde su infancia, acostumbraba a visitar a su hermano una vez al año, murió poco antes que él y fue enterrada en el sepulcro que su hermano tenía preparado para sí mismo.

Es probable, pues, que fuera entregada por sus padres a un monasterio o grupo de vírgenes para ser educada por ellas y vivir en adelante como ellas. El mismo San Benito prevé en su Regla la presencia de niños en el monasterio, ofrecidos por sus padres, oblación que conllevaba los mismos compromisos que la profesión monástica de un adulto. Pero de ahí a decir que profesaba la Regla de su hermano va un gran trecho, aunque las benedictinas posteriores la han llamado siempre con el apelativo de «nuestra madre».

La leyenda se ha encargado de suplir lo que la historia no dice; así, siempre se la ha tenido por hermana gemela de San Benito, aunque esta tradición no remonta más allá del siglo VIII. En este caso, debió nacer en Norcia, al igual que su hermano, hacia el año 480. Nuevamente será la tradición la que nos dé el nombre de su abuelo Justiniano y de sus padres, Eupropio y Abundancia. Cabe decir lo mismo del lugar de su consagración, el monasterio de Piumarola, sólo que en este caso la tradición es aún más tardía, pues es recogida solamente por un monje casinense del siglo XI.

Cuando murió fue enterrada en el mismo Montecassino; probablemente esto sucedió entre los años 543-547, pero es casi seguro que el día de su muerte fuera el 10 de febrero, fecha en la que es recordada en todos los calendarios litúrgicos antiguos.

Benito y Escolástica, juntos en vida y en muerte

El monasterio de Montecassino fue destruido por los longobardos el año 577, permaneciendo abandonado hasta el año 717. Los nuevos monjes no abrigaron ninguna duda sobre la autenticidad de los huesos que reposaban bajo el altar mayor de su iglesia, pues consideraban que los sepulcros se habían mantenido inviolados durante los años de abandono.

Pero no pensaban lo mismo los franceses, quienes afirmaban que, hacia el año 660, el abad de Fleury y el obispo de Le Mans habían robado los cuerpos de San Benito y Santa Escolástica para honrarlos, respectivamente, en su monasterio y catedral. Así, durante siglos, Montecassino disputó con Fleury y Le Mans sobre la autenticidad de las reliquias de ambos santos; sólo en época moderna, y no de forma unánime, los historiadores han llegado a la conclusión de que las verdaderas reliquias deben ser las de Montecassino, y las de Fleury el fruto de un piadoso fraude, mientras que Santa Escolástica nunca habría sido removida de su primitivo sepulcro.

Sea de ello lo que fuere, Le Mans honró extraordinariamente a la santa como a su patrona y allí veneraron sus pretendidos restos hasta que fueron sacados de su preciosa urna y aventados el año 1792, durante la Revolución Francesa, conservándose sólo unos pocos restos que la piedad y valentía de algunos fieles pudo sustraer a la furia de los exaltados.

Los huesos de Montecassino tuvieron más suerte, pues incluso salieron incólumes del terrible bombardeo aliado que destruyó el monasterio el año 1944, durante la Segunda Guerra Mundial, y pudieron ser reconocidos y exhaustivamente estudiados en 1950.

Pero San Benito y Santa Escolástica dejaron algo más que unos huesos. La **Regla de San Benito** fue poco a poco implantándose por toda Europa y, aunque pensada y escrita para hombres, fue muy pronto aceptada por las comunidades monásticas femeninas. Éstas empezaron a considerar a Santa Escolástica como la primera monja benedictina -aunque, como ya hemos dicho, esto no sea históricamente cierto- y a tomarla como modelo.

Los diferentes autores espirituales que han tratado sobre la santa le han aplicado toda clase de virtudes, pero es más justo reconocer que nada sabemos de su fisonomía espiritual, fuera de su entrega constante a Dios, su amor por las conversaciones santas y su fino sentido del humor. Y, sobre todo, su verdadera caridad, que le lleva a conseguir de Dios lo que no puede alcanzar del rigorismo de su hermano. Es lo único que se desprende del relato gregoriano, única fuente fiable. Y no es poco, para aquellos que, dentro y fuera del monasterio, pretenden vivir su cristianismo con generosidad, fidelidad y una buena dosis de alegría, que tanta falta nos hace.

Fr. Miguel C. Vivancos, O.S.B.